

presentadas y señalarán las que a su juicio merezcan el premio o, si éste debe dividirse, en qué proporción, o declararán que ninguna memoria es acreedora al premio. Por último, si creen que el autor de alguna memoria es digno de recompensa sólo en calidad de estímulo, lo propondrán así a la Academia.

VI.—Ni en la votación del dictamen, que será en escrutinio secreto y por mayoría absoluta de votos, ni en la formación de los jurados podrán tomar parte los autores de las memorias, las cuales se darán por no presentadas si se infringe esta disposición.

VII.—Después de que la Academia haya acordado el premio o recompensa a algún trabajo, el Secretario Perpetuo abrirá el pliego cerrado que le corresponda y publicará el nombre del autor. Los pliegos correspondientes a memorias no premiadas se conservarán cerrados, salvo que los autores decidieran lo contrario.

VIII.—Todas las memorias que se presenten a concurso, sean o no premiadas, pasarán a ser propiedad de la Academia, la cual podrá publicarlas cuando el jurado así lo indique y ella lo apruebe, con el nombre del autor si éste así lo desea, o sin él. Los pliegos cerrados de memorias no premiadas o no recompensadas, se inutilizarán al cabo de seis meses.

IX.—La Academia obsequiará a los autores de las memorias premiadas con un tiro de sus respectivos trabajos".

Por resolución especial de la Academia, el plazo para recibir los trabajos expirará el 30 de noviembre próximo y deberán enviarse por duplicado.

La Academia señala como premio para cada uno de los temas, la cantidad de cien pesos y el diploma respectivo.

México, a 15 de julio de 1943.

El Vicepresidente
en funciones de Presidente.
MARIO A. TORROELLA.

El Secretario Perpetuo,
ALFONSO PRUNEDA.

Palabras del Arquitecto Enrique Aragón Echeagaray,

leídas en la sesión de la Academia N. de Medicina
celebrada el 16 de junio de 1943.

Año tras año, desde 1911, un hombre de pausado andar, de distinguido porte y de robusta naturaleza, de fino y varonil ademán, de amplia frente, de amable gesto, de tranquilo y profundo mirar, de dulce y serena palabra, de un señorío al hablar que reflejaba su inteligencia y traducía sus virtudes; hombre que fuera uno de los más preclaros maestros de la Universidad Nacional de México, venía siempre con profunda devoción y gran amor a esta Docta Academia, ofreciendo a vosotros, señores Académicos, el resultado de sus estudios e investigaciones, en la rama de la Medicina que él cultivó y

quiso tanto: la Neurología y Psiquiatría. Acompañábalo, no pocas, veces un portafolio en que guardaba los escritos fruto de sus trabajos y desvelos, el mismo que lo acompañara hasta los últimos momentos de su vida y en que conservaba sus postreros escritos. Ese hombre que en estas cuantas y mal escritas líneas, pero que con profunda emoción he tratado de recordar, era mi padre; su portafolio es el mismo, humilde, que hoy me acompaña.

Hace apenas un año que la Parca implacable cegó su vida y lo alejó de nosotros. Un año que es bien poco tiempo en el transcurso de vida de las Instituciones. De su existencia, él consagró treinta y un años a la Academia Nacional de Medicina de México, de la que vosotros sois dignos y sabios representantes. Durante esos treinta y un años a que me refiero, siempre trabajó incansable a vuestro lado, defendiendo sus convicciones de médico y de filósofo, en la más noble de las lides: la del SABER. A vuestro lado laboró fielmente y con la sinceridad de su espíritu, puro y noble, para discutir y estudiar asuntos de profundo interés. Vosotros lo sabéis mejor que yo.

Para quienes creen únicamente en un absoluto materialismo, él ya no viene, nunca vendrá, pero para quienes sentimos la prolongación de la vida en el espíritu, yo entre ellos y como hijo os lo digo con una absoluta convicción, no importa, si aún se prolonga la existencia de su alma. Ya no le oiremos; sus sabias lecciones ya no las impartirá para unos, sus consejos ya no los recibiremos otros, su colaboración en el trabajo para los demás ya no existirá, pero en todo esto sólo os diré a vosotros que habéis tenido la amabilidad, que nunca olvidaré, de oírme y de permitirme que os dirija la palabra, tampoco importa si como lo siento, puedo repetir con el poeta, que es porque aún perduran sus palabras de ayer.

"En los libros, ha dicho Carlyle, está contenida el alma de fenecidos tiempos, es la voz que perceptiblemente articula el pasado cuando la materia corporal se ha desvanecido como un sueño. Cuanto hizo, pensó y ganó la humanidad, cuanto fué yace preservado, como por arte de encantamiento, en las páginas de un libro. Los libros son como una posesión selecta de los hombres."

Pues bien, señores Académicos, en el primer aniversario de su fallecimiento, en justo homenaje a su memoria, yo os traigo algo que, para nosotros, los suyos, es un tesoro de inestimable valor, por ser algo de su propia vida, y por qué no decirlo, de esta sabia Corporación, reunidos en un tomo sus 31 años de académico, el primero de una serie que reúne todas sus obras completas. Ojalá que sea en bien de la Ciencia y para orgullo de la Institución de la que él se honró en pertenecer.

Veis, pues, señores que a pesar de su ausencia, en este año, por lo menos, no faltó su humilde colaboración entre vosotros.

La obra que resume su vida en la Academia está aquí íntegra, yo, a nombre de todos los suyos, os la entrego. Su alma vive aún. Vivirá siempre.